

EL PURITANO ENTRE LA VIRTUD Y LA NEUROSIS (sobre las raíces psicológicas del comportamiento moral)

Norberto Álvarez González

(Universidad de Alcalá – Mayo 2008)

Planteamiento del problema

Reflexionar sobre el valor moral exige pensar, ante todo, en lo que la expresión “valor moral” significa, y a cuyo conocimiento no se llega, sólo desde una lógica argumental, a partir de principios evidentes, sino también desde un conocimiento psico-sociológico determinado; pues, aunque Russell escribe que “hay algunos principios éticos evidentes por sí mismos, como el de que debemos buscar lo que es bueno”¹, a mi juicio los valores –y, en ellos, también el ético– sólo pueden sentirse, pero no, razonarse ni intuirse. ¿Entendería, por ejemplo, un extraterrestre inteligente –y como tal sin sentimientos humanos– el valor de la generosidad o el de cualquier comportamiento filantrópico, así como el disvalor de sus opuestos?².

Mi sensible lector intuye, ya, lo que la expresión “valor moral” significa. Alude –ya captará– al específico agrado que produce, en el observador sensible, el comportamiento, calificado, normalmente, de moral³.

Pero ¿produce siempre lo ético la misma sensación en las personas sensibles? No; pues, también incide, en aquélla, la constitución somático-psicológica (sensibilidad específica) de quien lo observa; que, al ser ésta distinta normalmente, será entonces

¹ Bertrand Russell. *Problemems of Philosophy*. Oxford University Press. Londres. Cap.11.

² Para una mejor comprensión de todo esto, vid.mi libro *Cuatro Estudios sobre Libertad*, publicado por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá. 1999.

³ A esta dificultad de entenderse al hablar de los valores, se refirió también, Stephan Corner, cuando escribió “De qué trata el disentimiento moral?”. Cuando dos personas no se ponen de acuerdo sobre la altura de la torre Eiffel, el año de la muerte de Napoleón, o la vida media de un átomo de radio, al menos uno de los dos contendientes puede estar equivocado, o lo que es lo mismo, como máximo, uno de los dos puede tener razón. En todos estos casos, hay algo que existe con independencia de lo que ellos crean, y en virtud de lo cual lo que crean es verdad, si es verdad; y erróneo, si es erróneo. Por otro lado, cuando dos personas adoptan actitudes discrepantes, por ejemplo, si a una le gusta comer espinacas y a la otra no, no existe hecho alguno sobre el que estén en desacuerdo; sencillamente tienen y expresan dos actitudes distintas..” Stephan Corner. *Fundamental Questions of Philosophy*. Penguin Books Ltd.,Harmondsworth, Middlesex, England. Primera parte I, dedicada al Problema del disentimiento moral.

Y concluye, refiriéndose al disentimiento ético: “¿Acaso los disentimientos en materia ética, por ejemplo, sobre la rectitud moral de una mentira piadosa, y problemas sociales, por ejemplo la segregación racial, son desacuerdos, en cuanto a creencias o en cuanto a actitudes?. O quizás no son ni una cosa ni la otra?. En general ¿cuál es el análisis correcto de un juicio moral?. **Ibidem**

también distinta aquélla. Cuatro observadores diferentes, por ejemplo, del mismo acto – al que todos sienten ético- lo sienten así, también, sin embargo, de manera diferente, en grado y cualidad. A pesar de lo cual, su sensación –y la valoración que ellos hacen del acto se enmarca siempre en el género axiológico de lo ético.

Pero mi problema aquí, va mas lejos: Hay, a grandes rasgos, dos formas de entender, y de sentir, lo ético: Una que lo entiende, sólo, como la cualidad del acto, impelido por la moral: Acto bueno, pues, más intención de respetar la ley, realizándolo.“Y es que no basta –escribe Kant- con que lo que debe ser, moralmente, bueno, sea conforme a la ley moral, sino que tiene que suceder por la ley moral”⁴. No deja reducido Kant aquí, pues, lo moral ni a que el acto se ajuste al contenido de la ley moral, ni a la mera intención de respetar la ley realizándolo (como se le malinterpretó a veces) sino que se exigen, a la vez, los dos elementos, la intención y la conformidad del acto con la ley: “El deber –escribe Kant- es la necesidad de una acción por respeto a la ley”⁵. Y sólo este respeto a la ley es completo, cuando, además de la intención de realizarlo, se materializa el mismo.

Cabe, pues, en tal sentido, realizar el acto, externamente moral, impelido por estímulos diferentes de los, estrictamente, morales: por egoísmo, por ejemplo (como cuando el comerciante es honrado, porque le conviene económicamente); o por vanidad (para edificarse, por ejemplo, ante la opinión).Y ni que decir tiene que, ni en uno, ni en otro, caso, estos comportamientos –aunque buenos- son moralmente valiosos, para Kant. Pues, incluso obrando por amor y no por respeto a la ley, el acto carecería de valor moral. Leamos lo que dice Kant, textualmente: “Pero supongamos que el ánimo de este filántropo estuviera nublado por un dolor propio que apaga , en él, toda conmiseración por la suerte del prójimo; supongamos, además, que le quedara capacidad para hacer el bien a otros miserables, aunque la miseria humana no le conmueva, porque le basta la suya para ocuparle; si entonces, cuando ninguna inclinación le empuja a ello, sabe desasirse de esa mortal insensibilidad y realiza la acción benéfica sin inclinación alguna, sólo por deber, entonces y sólo entonces, posee esta acción su verdadero valor moral”⁶. Y, refiriéndose, luego, al tipo humano ideal para encarnar ese tipo de hombre virtuoso, añade: “Un hombre a quien la naturaleza haya

⁴ Immanuel Kant. **Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres**. Espasa-Calpe. 1990, pág.47.

⁵ **Opus cit.**pág. 63

⁶ **Ibidem**, pág.80.

puesto poca simpatía en el corazón; un hombre que, siendo, por lo demás, honrado, fuese de temperamento frío e indiferente a los dolores ajenos...¿no encontraría en sí mismo, sin embargo, cierto germen capaz de darle un valor mucho más alto que el que pueda derivarse de un temperamento bueno? ¡Es claro que sí. Precisamente en esto estriba el valor del carácter que, sin comparación, es el más alto desde el punto de vista moral: en hacer el bien, no por inclinación, sino por deber.”⁷

Esta postura de Kant se asemeja, también, a la de Séneca: “Si os agrada el deleite –escribe éste- sea añadidura de la virtud; y, si teneis inclinación de ir con acompañamiento a la vida feliz, vaya delante la virtud: vaya detrás de ella el deleite, y siga como la sombra al cuerpo”⁸. Es lo que, también Millán Puelles expresa así: “El comportamiento moral no debe dirigirse al logro de ningún fin o bien. Consiste en algo fundamentado en sí mismo, perfectamente autónomo y subsistente. Y es indudable que la subordinación de los actos a los bienes y fines relativos destruiría la esencia misma de la moralidad, convirtiendo la ética en una mera tecnología de las operaciones necesarias para un objeto particular”⁹.

Pero, aunque Kant sostiene que el valor moral deriva de cumplir la ley porque es ley, no le niega, en cambio, valor a los actos que, siendo conformes con el contenido de aquélla, se realizan, por ejemplo, por amor al prójimo. Eso sí, su valor no sería ya el valor moral estricto, sino un como valor moral, en sentido amplio.

Mas, con independencia de que el valor moral derive de cumplir la ley como tal, o de cumplirla por amor al prójimo, o por respeto a los valores que protege, el valor moral kantiano –el del cumplimiento de la ley porque es ley- tiene (aparte de su hipotética entidad axiológica) una verificable sustantividad psicológica. Siendo diferenciables, así, psicológicamente, el valor del acto realizado por respeto a la ley, del realizado por amor al prójimo, o por respeto a los valores que protege.

Valor moral e imitación

Caracterizado, ya, el valor moral –como el propio de los actos conformes con la ley, y por respeto a la misma- analizaremos, ahora, su dimensión psicológica. Con tal fin me pregunto: ¿Por qué agradan tales actos, con el agrado propio de lo moral, es

⁷ Ibidem, pag.61

⁸ Séneca. **Tratados Morales**. Cap.XIX.

⁹ Antonio Millán Puelles. **Fundamentos de Filosofía** Tomo II

decir, como actos buenos que, como tales, nos hacen sentirnos superiores a los demás, por cumplir la norma?¹⁰

Aclararé, ante todo, sin embargo, que el elitismo axiológico (el sentir placer de ser superior por hacer, o ser, de determinada manera) no es sólo moral, se valoran, con frecuencia, también, el arte por el arte, la cultura por la cultura, el ejercicio por el ejercicio, y el riesgo por el riesgo. Pero insistamos: ¿porqué se valora determinada línea pictórica sólo por su estilo, si no gusta lo que reproduce?; o la buena literatura, con sus innecesarios cultismos y giros, signos, sólo, de erudición y buen estilo, si no nos interesa lo que cuenta? Pienso que, sin una cierta conexión del arte con sus valores sustanciales –sin que, por ejemplo, necesitemos expresar literariamente, o plasmar plásticamente, algo- ni la literatura, ni la pintura, ni ningún arte, tendrían valor. A veces, sin embargo, la conexión de lo bello con la utilidad, ni se plantea –gusta sin pensar que es útil- porque su valor se ha autonomizado ya; pero, en los orígenes de ese valor estuvo, siempre, la utilidad. Y lo mismo ocurre con el valor moral *strictu sensu* kantianamente entendido –como el que deriva sólo de cumplir la ley porque es ley- pues, si ésta no fuese (al menos, a veces) un medio de protección de intereses legítimos, cumplirla carecería, siempre, de valor¹¹

¿Cómo se autonomiza el valor? O en otros términos: ¿por qué sentimos valioso el cumplir la ley sólo porque es ley? No es fácil explicarlo, pues, como escribe Freud, transcribiendo a Le Bon: “El analítico más sutil, el más penetrante observador, no llega nunca a descubrir sino una mínima parte de los móviles inconscientes que les guían”¹². Pero esta valoración –moral o estética- de los actos, sólo se da si motivan la aceptación social de su agente. Por lo que no es, sólo, la tendencia a imitar, como se ha dicho, lo que motiva la generalización del comportamiento y crea costumbres¹³, sino que, como

¹⁰ “La virtud moral –escribe Corner- debe ser diferenciada de las virtudes morales por separado. La virtud moral de una persona consiste en su buen funcionamiento como hombre total, es decir, en cuanto pensante, y no hay que pensarlo, en tanto que “animal social”. Sus virtudes morales independientes consisten en el buen funcionamiento de partes o aspectos de su naturaleza” Stephan Corner. Opus cit. (**Fundamental Questions of Philosophy..**) Tercera parte, segundo capítulo

¹¹ A este elitismo moral, se refiere, también Kant, llamándole *narcisismo*,. Pero que para el filósofo alemán no constituye aun un verdadero valor moral, sino que nos habla de un “tánsito del narcisismo moral a la madurez moral”Vid. Su obra, ya citada (**Fundamentación de la metafísica de las..**) Edit.Espasa-Calpe. 1990, pág.15

¹² Sigmund Freud **Psicología de las Masas**. Alianza Edit., pág.13.

¹³ Le Bon se ha referido, también, al influjo de la raza así: “Nuestros actos conscientes se derivan de un substrato inconsciente, formado, en su mayor parte por influencias hereditarias. Este substrato entraña los innumerables residuos ancestrales que constituyen el alma de la raza. Detrás de las causas confesadas de

escribe Henri Wallon: “La conformidad mutua de los actos, en seres que se encuentran juntos, puede tener otras causas que la imitación”¹⁴. En relación a cuya tendencia a imitar es evidente que la opinión pública influye en el comportamiento de las personas¹⁵.

Más aun, no solo hay una tendencia a imitar al grupo, sino que, a veces, incluso, hay una tendencia a rechazar su comportamiento. La insociabilidad de algunos, por ejemplo, les incita a repeler la moral vigente sólo por que el grupo la cumple; por lo que tengo yo mis dudas, incluso, sobre la eficacia de las manifestaciones pacifistas, y de su valor indicativo del grado de rechazo social de la violencia. Resultándome, sobre todo, de una gran ingenuidad el que, a un instinto básico, como el de muerte, se le intente inhibir con manifestaciones circunstanciales de masas, dirigidas al corazón de quienes, precisamente, les odian¹⁶.

Lo expuesto, sobre la necesidad psicológica de imitar, influye, no sólo en la sensación de los valores, éticos y estéticos; sino también, hasta en el gusto gastronómico (cuando el que come con satisfacción, por ejemplo, nos despierta el apetito). Por lo que, más que negarle operatividad a la imitación, respecto al sentimiento axiológico, lo que le negamos, en realidad, es que sea su único motivo.

nuestros actos, existen causas secretas ignoradas por todos. La mayor parte de nuestros actos cotidianos son efecto de móviles ocultos que escapan a nuestro conocimiento”. Citado por Freud, en *ibidem* (**Psicología de las..**) Pero hasta esa influencia de la raza -añado yo- se manifiesta a través del grupo, que, en parte, ha sido coetáneo de los, ya, desaparecidos, y siendo, aun hoy, coetáneo, también, nuestro, nos transmite las valoraciones que, de aquél, ha recibido, también por influjo social.

¹⁴ Henri Wallon. **Del acto del pensamiento**. Edit. Psique, s.a. Y pone el siguiente ejemplo aclaratorio de su tesis: “Un polluelo recién nacido que picotea al lado de la gallina, parece seguir su ejemplo. Pero el polluelo nacido en incubadora y que no tiene modelo picotea al ruido de un lápiz, cuya punta golpea la mesa, o de un grano caído desde lo alto. Simple reflejo, por consiguiente, que responde a su excitante específico” **Ibidem**. Y pone, también, el ejemplo de los gatos, que, “a la vista de un ratón, parecen rivalizar entre sí para atraparlos. Es un simple despertar simultáneo del mismo instinto en todos, pues puede que, en la misma camada, el mismo efecto no se produzca en la misma fecha.” **Ibidem**

¹⁵ En relación a esto, escribió Leclercq: “..cuando el mundo que nos rodea hace la misma cosa, cuando se ha recibido una opinión, la mayoría de la gente no piensa en rechazarla. El medioambiente hace que una alimentación, una manera de vestirse, o un modo de comportarse, se consideren como estimulables o como rechazables. Unos pueblos encuentran suculenta una comida que, a otros, les parece repugnante; o consideran elegante una manera de vestirse, que, para otros, es ridícula..” Jean Jacques Leclercq **Du Droit Naturel a la Sociologie**, publicado por edit. Spee. 1960. Segunda parte. Ch.II.. Y concluye: “El hombre lleva, así, la marca de la sociedad en todo su ser. Nuestra manera de vestir o de peinar, de comer o de sentarnos a la mesa, la manera de hablar, nuestras costumbres educadas...todo eso viene del medio social. **Ibidem**

¹⁶ En realidad, las manifestaciones contra el terrorismo, por ejemplo, no se orientan a sensibilizar a los terroristas, sino a endurecer, políticamente, a los ciudadanos, haciéndoles creer que es necesaria una mayor represión para mantener el orden.

El comportamiento ético, pues, es el contenido de un deseo. ¿De qué? De realizar ciertos actos, para ser, así, más queridos¹⁷. Y la generalización de estos actos nos permite conocer el criterio moral vigente, lo que, al reforzar su valor en el observador, le sobreincita a imitarlos¹⁸. Escribe Freud en esta línea: “La conciencia de culpabilidad y el sentimiento del deber, serían las dos propiedades características del animal gregario”¹⁹

Esta interpretación del valor, sin embargo, -relativa a que lo sustancial del valor es que nos acerca a los demás, motivando o aumentando así nuestra aceptación por el grupo- parece chocar con la experiencia. Por ejemplo, no satisface, del todo, simular un valor, aunque tal simulación nos suponga, también, ser queridos por el grupo; pues aunque el valor nace como un sentimiento de simpatía hacia las cualidades cuya tenencia nos acerca al grupo, repugnamos, también, en cambio, engañar a quien nos ama. Por lo que, si somos queridos por lo que no tenemos, sentimos también conciencia de culpa. Lo que nos llevará a sostener que, no sólo el que la realidad valiosa nos motive el afecto del grupo determina su valor, sino también el tenerla. Lo que no cambia, de modo sustancial, mi postura, de que es el afecto del grupo hacia quien tiene ciertas cualidades, lo que determina el valor de las mismas, por lo que, de aquello, pues, éstas reciben su valor, de que pueden suscitar, en el grupo, el amor a quien las tiene. Por lo que el hecho mismo de que esas cualidades nos hagan más queridos, las dota de un cierto carácter, psicológicamente autónomo, haciéndonos sentir su valor como independiente de aquella conexión (cualidad+afecto social=valor).

Y, si esto es así, –si el valor se refiere siempre a una cualidad que puede suscitar el afecto del grupo- ¿porqué se valoran, también, a veces, cualidades que el grupo rechaza –como modas anticuadas, por ejemplo, comportamientos desvirtuados, etc.?- Como consecuencia del influjo del *superyo* en el individuo²⁰

¹⁷ “La noción de bien, que, en general, y en particular en el niño, es ulterior a la noción pura de deber, constituye, quizás, la forma última de lo que es la condición primera de la vida moral: la necesidad de afecto recíproco” Jean Piaget. **Le Jugement moral chez l'enfant**. Publicado por Presses Universitaires de France. Paris.

¹⁸ Para una mejor comprensión de todo esto, vid. Mi libro, ya citado (**cuatro estudios sobre Libertad**)

¹⁹ Sigmund Freud. Obra cit., pág.55.

²⁰ Este concepto(freudiano) alude a la influencia de un grupo ausente (vivido en el entorno de la infancia, sobre todo, y recordado después) en el criterio axiológico del sujeto.

El valor como contenido de la voluntad

Si me leyera un marciano –que nunca sintió el valor, ni el deber, morales- no entendería ni de qué hablo. Pero quien me lee, en cambio, vivió, ya, estos sentimientos; por lo que captará, por lo menos, a qué me estoy refiriendo. Mas, quien siente el deber moral ¿qué desea? No infringir la voluntad del grupo – como dije- para no sufrir así, por ello, su rechazo. Y quien siente el valor moral ¿qué quiere? Me cuesta saberlo. Quizás Pinillos nos lo diga: “el hombre -escribe este autor- llegó a escribir una vez S.Agustín, es deseo: “Inquieto está mi corazón hasta que repose en Dios”. Y continúa Pinillos: “insistiendo en la importancia que el deseo tiene en la vida humana, de la cual, en el fondo, es raíz: no desear nada es, en el fondo, una enfermedad mortal para el ser humano”²¹. Y concluye, incidiendo en la complejidad de conocer el deseo: “Pero, al hablar de deseo, debemos entender esta palabra en un sentido muy amplio, porque, en realidad, el hombre desea muchas más cosas de las que, voluntariamente, quiere. En vosotros, hay, por lo pronto, deseos reprimidos, de los que la conciencia no tiene, por lo común, noticia, y nuestro cuerpo tiene, también, sus deseos, es decir, unos apetitos, para la vida, en los que nuestra voluntad no tiene, prácticamente, arte ni parte”²²

Pues bien, son, en realidad, ciertos deseos específicos los que determinan el valor (o sentimiento) moral. A ellos sigo refiriéndome. Recuérdesse que el deber moral es heterónomo: Lo origina la voluntad del grupo, que desea que cierto comportamiento se generalice; por lo que, al sujeto moral, le gusta aquel comportamiento, ya que realizarlo le supone su aceptación por el grupo. Pero, aunque, al sujeto moral, suele gustarle hacer lo que el grupo desea, a veces, sin embargo, –como dije- le gusta también lo contrario. Por ejemplo, las actitudes filantrópicas repelen a los misántropos, y el arte repele a los contrasensibles²³. A pesar de lo cual, filántropos y misántropos, sensibles y contrasensibles, las sienten valiosas (porque en el fondo al menos todos las desean con el deseo específico del valor), pues los valores se captan como tales,

²¹ J.L.Pinillos. **La Mente humana**. Edit.Salvat, 1989, 1969, pág.126.

²² Ibidem

²³ Llamo contrasensibles, no a los que no sienten el valor –a estos ya se les llama insensibles- sino a los que el valor, además de suscitarles su sensación específica, les suscita repelencia.

aunque no gusten, o, incluso, aunque disgusten²⁴. Por eso se sabe que es bueno cierto cine que no nos gusta; o cierta literatura y pintura, que, incluso, nos disgustan. Y lo mismo digo de la ética, pues hasta el más visceral asesino se siente inmoral, aunque le guste más serlo que no serlo. No comparto yo, pues, aquí, la postura de E.Sinnott, cuando escribe que “El hecho de que las metas que llevamos dentro, nos induzcan a desear una metas más que otras, conduce a los valores”²⁵, pues, a los valores, no los caracteriza, tampoco, el que sean más deseados, sino su específico sentimiento de deseo, el desearlos desde la voluntad pura kantiana.

Cualquier ética social, sin embargo, es una ética del poder²⁶, basada, con frecuencia, en el engaño y el egoísmo (de quien la impone y de quien la cumple); sin cuyo engaño, ni se cumpliría esa ética, ni se sentiría, normalmente, su valor. Más aun, la mera prepotencia del gobernante, además, superdignifica, a veces, de tal modo, su imagen, que, convirtiéndole en sagrado, convierte también a quienes le desobedecen, en inmorales. Este fenómeno psicológico es más propio de países atrasados, debido a que el poderoso obsequia, a la inframasa, con no ser, con ella, aun más cruel, (lo que aquélla le agradece encima); así como con que ejerza el tirano su crueldad con las minorías resistentes; lo que es una válvula de escape de la agresividad reprimida de aquellas masas. Es curioso observar, así, también, que las figuras políticas más carismáticas no suelen ser personalidades tolerantes y cívicas, sino autoritarias y crueles²⁷.

La psicología del puritano

Vengo refiriéndome, hasta aquí, al valor moral *strictu sensu*: Al de quien cumple la ley porque es ley. Lo que no excluye, tampoco, como dije, la

²⁴ Aunque esto parece estar en contradicción con lo dicho antes, de que el valor moral es el contenido de una volición, téngase presente lo de kant de que el hombre tiene dos voluntades –la pura y la empírica– por lo que puede desear cosas contradictorias.

²⁵ Edmund W.Sinnott. **The Biology of the Spirit** registrado por The Viking Press. Nueva York.

²⁶ No me refiero yo, aquí, sólo, al poder institucional. Un movimiento insurreccional, también, es un poder, que, como tal, genera una ética, a veces, más impactante, incluso, que la institucional.

²⁷ Las escenas de histeria colectiva de las masas oprimidas, en el entierro, bañado de multitudes, de sus carismáticos líderes nos ayudan a entender todo esto.

virtud de quien la cumple por otros motivos, como el amor al prójimo, por ejemplo.

El valor de estos actos, además, lo admite, implícitamente, hasta Kant; para quien su valor no sería, propiamente, sin embargo, un valor moral estrictamente, sino sólo en sentido amplio. Detecto yo aquí, en Kant, no obstante, como un cierto elitismo: Un cierto ver como elegante el respeto a la ley, como tal, *versus* la ética cristiana, por ejemplo, para la que el motivo del acto ético, sobre todo, es el amor: Para el cristiano, pues, aunque la ley mandara odiar al prójimo, lo bueno seguiría siendo amarle. Para Kant, por el contrario, en este caso, lo bueno sería odiarle.

Este estudio, sin embargo, como dije, es sólo un estudio psicológico²⁸: Se analiza, en él, pues, así, el sentimiento de quien vive el valor moral: ¿Cuál es su personalidad? ¿Qué sienten quienes cumplen la ley sólo por respeto a ella?. Partimos de que, ya por una educación rígida, o por una incapacidad natural o adquirida, hay sujetos de una estricta moralidad, no programados para divertirse: Si beben, lo hacen temiendo una cirrosis; si comen, presufren ya una mala digestión; o es tan pobre su paladar, que, hasta lo más exquisito lo degustan poco. Se aburren al viajar; o lo hacen llenos de temores (a los accidentes, a los robos, a recibir malas noticias, alejados de su familia, etc.). Y, en lo referente al sexo, ¿cuántos son los incapaces de sacarle el posible placer, por los neuróticos prejuicios –morales, sociales, e higiénicos- que les dominan?. Además, estando, a veces, las causas de esta discapacidad psicológica en ciertos hábitos morales de la infancia y la adolescencia, quedaron ya, como predestinados a disfrutar, sólo, con la “virtud”. Por eso muchos “virtuosos” lo son, porque no les queda más remedio. Y ahora viene lo grave: Si el placer que les da su virtud les compensara las privaciones que conlleva, estarían satisfechos²⁹; pero, cuando no es así, su

²⁸ En realidad, el objeto de la Moral (ciencia) y el de la Psicología y Sociología, morales, es el mismo: la moral vigente. Lo que varía es su enfoque metodológico. Escribe, en esta línea J.Leclercq: “La moral, como vimos, es una ciencia normativa. Pretende fijar la norma de acción y, por tanto, pretende ser la ciencia suprema de la actividad humana. Ya vimos también que lo mismo que la sociología, en cierta manera, tampoco tiene objeto propio, es decir que trata, sobre todo, de los actos humanos, pero desde un punto de vista exclusivo, que es, para la moral, el de la actividad libre, y para la sociología, el de la influencia del medio ambiente. Pero, si esta influencia del medio atenúa y aun llega a suprimir la libertad, ¿qué queda entonces, de la moral?”. Ibidem

²⁹ Esto estaría en la línea de Kant, para quien, la virtud, hace feliz al hombre, quien, incluso, ve posible absolutizar dicho placer, al ser capaz de llenar la voluntad humana. Vid, la obra de Kant, ya citada

vida moral es como una lucha, más parecida a la represión que a la virtud, de la que (comparándola con otras dificultades para realizarse, escribe Freud: “Si se trata (la dificultad de realizarse) de un estímulo exterior, el medio más adecuado contra él sería la fuga. Pero, tratándose del instinto, la fuga resulta ineficaz, pues el yo no puede huir de sí mismo”³⁰

Este sujeto moral, semiincapacitado para vivir el placer, es casi un enfermo; cuya disfuncionalidad se traduce en que, si se porta bien, sufre por las privaciones que ello conlleva; y, si se lanza, en cambio, a los placeres, padece, en cambio, conciencia de culpa por incumplir la moral.

Este es el drama de muchos que están sólo en el límite de la moralidad: De quienes, ni su amor a la ley moral, es tan claro, ni su deseo de lo contrario está tampoco tan definido. Mi diagnóstico aquí, es el siguiente: Pretender ser, rigurosamente, moral es un absurdo, pues, sólo, desde una óptica religiosa, y con la ayuda de la gracia, sería posible. El comportamiento, siempre acorde con la ley, puede serlo con su letra, pero, nunca, se sentirá, debidamente, su valor. Por lo que, sólo, simultaneando virtud y vicio, se sentirán, debidamente, el sabor de una y el placer del otro. Con lo que, ni la monja puede vivir, de forma intensamente plácida, su castidad; ni la puta, el disvalor y placer opuestos³¹. Pues ¿dónde gusta más el agua, en el secano o en la zona húmeda? Así, también, la castidad ¿no la vive, también, mejor, el, a veces, lujurioso que el siempre reprimido? Resulta curioso, así, también, el sentido, quizás religioso, originario de algunas fiestas, hoy profanas: ¿Los carnavales, por ejemplo, no pudieron haber sido, en sus orígenes, un período de bacanal incontrolada, para vivir, después, mejor, la cuaresma, en su estricta penitencia?³². Con un sentido, ligeramente, diferente, pero apuntando a esta tesis, escribe también Freud: “A

Fundamentación de la Metafísica..., pág.13 Pero claro, según lo visto, no todos están llamados a disfrutar ese placer.

³⁰ Sigmund Freud. **El Malestar en la Cultura**. Alianza Editorial. 1978, pág.153

³¹ Todo esto podría estar, también, en la base del *ramadam*, durante el que el musulmán se priva de todo placer corpóreo –incluso sexual y gastronómico– durante el día, mientras que, por la noche, puede disfrutarlo al máximo. Y, en la parábola del *buen pastor*, ¿no se vislumbra, también, algo de esto? ¿Supervalora Cristo a la oveja recuperada, sólo por haber estado descarriada antes, o porque, precisamente, por haber estado descarriada, ahora es mejor? Y ¿no se recuerda, también, que Cristo repudió a los tibios, prefiriendo a los malos? Lo que da pie, también para pensar que, hasta las grandes religiones, son contrarias a una moral, sólo, limitativa de instintos.

³² Una cosa es la conveniencia, socialmente, del valor moral; y otra, en cambio, la vivencia, y disfrute, del valor moral.

pesar de todas las privaciones y restricciones impuestas al *yo*, la violación periódica de las prohibiciones constituye la regla general, como nos lo demuestra la institución de las fiestas que, al principio, no fueron sino períodos, durante los cuales, quedaban permitidos, por la ley, los excesos...Las saturnales de los romanos y nuestro moderno carnaval coinciden, en ese rasgo esencial, con las fiestas, durante las cuales, se entregan los individuos a orgías en las que violan los mandamientos más sagrados”

Aquella represión, de cumplir la ley sin disfrutar su valor, además, hace al sujeto moral, un ególatra incomprensivo, que, sólo, busca, ser mejor que los demás, para ser, así, también, más que ellos³³. Y, cuando, ni él mismo, se lo cree –que la virtud le edifica- y ve, en cambio, a los demás, disfrutando del vicio, se le agría su carácter, predisponiéndole a la intransigencia, y hasta a la crueldad. Los clásicos ascetas de la intransigencia (los inquisidores y censores), cuya virtud no pasaba de cumplir la letra de la ley (incapaces, por la monotonía de sus prácticas, de vivir, y disfrutar, su valor) son un símbolo vivo de esta actitud “virtuosa”. Describe Nietzsche que, en el tratado primero de su genealogía moral (que aconseja leer) “ha sido puesto de manifiesto, por primera vez, la antítesis entre una moral aristocrática y una moral de chandala, nacida del resentimiento y de la venganza impotente”³⁴

Recuerdo, al respecto, un episodio, revelador de la tesis, aquí, defendida: Un conocido catedrático de universidad (honrado a la antigua usanza) examinó a un adolescente con un tumor irreversible, a quien, a pesar de las presiones en contra, de sus alumnos, sintiéndose en el ¿deber? de suspenderlo, lo hizo. Para muchos, habría sido justo. Para mí –y con independencia de la valoración moral que su decisión me merezca- encuentro, entre sus posibles motivaciones, una gran dosis de soberbia: Era alguien que, no teniendo otra forma mejor de realizar su propio *ego* que siendo “justo”, lo hizo, para realizar, así, mejor su impulso egolátrico, por cualquier otra vía frustrado.

³³ Pienso yo, aquí, también, en el “inversor en el más allá”, en el que se propuso asegurar su futuro ultraterreno con ese cumplimiento moral aquí en el mundo. ¿Qué santos son esos? Ni, desde la perspectiva evangélica –obra solo, por amor a dios y al prójimo- ni desde la perspectiva moral Kantiana - obra sólo por respeto a la ley- puede entenderse eso como virtud, ni, menos aun, como propio de un santo: Una vida, objetivamente honesta, e incluso a veces, heroica, pero cuyo estímulo fue el ser venerado, algún día, como santo, y pasárselo muy bien en la otra vida, ni es un santo cristiano, ni es un virtuoso kantiano, es un emérito de jaez diferente.

³⁴ Friedrich Nietzsche. **El Anticristo**. Alianza Editorial. 1988, pág.80

Una actitud similar la critica Erasmo a los teólogos: “Quizás sería mejor –escribe- pasar en silencio por los teólogos y no remover esta ciénaga ni tocar esta hierba pestilente, no sea que, como gente, tan sumamente severa e iracunda caigan en turba sobre mí, con mil conclusiones, forzándome a una retractación, y, caso de que no accediese, me declaren, en seguida, hereje. Con este rayo, suelen confundir a todo el que no se les somete”³⁵. Y, aunque Erasmo se refiere al moralista teórico –del que dice que “lisonjeándose con su amor propio, puede decirse que habita en el tercer cielo, desde cuya altura consideran a los demás mortales, como un ganado despreciable y digno de lástima, que se arrastra sobre la tierra”³⁶, la crítica (y en los mismos términos) la entiendo yo, también, referible al comportamiento moral que, aquí, analizo³⁷.

Moral e Instintos

Vengo manteniendo, en mis escritos, que los valores –como sentimientos que son- conectan, siempre, con un instinto: Pero cuando lo que se desea es, sólo, cumplir la ley (como ocurre con el valor moral de inspiración kantiana) ¿con qué instinto conecta ese deseo? ¿Qué es lo que, aquí, se desea? Directamente, cumplirla. Es obvio. Pero ¿por qué agrada cumplirla? Porque, con ello, se aumenta, como vimos, el grado de aceptación social de quien la cumple. Por lo que ¿podría agradar tal acto, si no conllevara, también, para quien lo realiza, ser más querido por el grupo?

Hasta aquí, todo está claro: El instinto que impele a cumplir la ley es el *eros*, y, en él, la sociabilidad. Lo que no significa tampoco, en cambio, que, siempre que se cumpla la ley, se imite al grupo; ni que el grupo incite, siempre, a realizar un valor ético. Escribe Freud, al respecto: “Mientras que el nivel intelectual de la multitud parece, siempre, muy inferior al del individuo, su

³⁵ Erasmo de Róterdam. **Elogio de la Locura**. Cap.LIII

³⁶ Ibidem

³⁷ Algo similar afirma Nietzsche, aunque, refiriendo su crítica solo al virtuoso cristiano: Al hacer que ellos juzguen, son ellos mismos los que se ponen de modelo; “al glorificar a dios, se glorifican a sí mismos; al exigir precisamente las virtudes de que ellos son capaces –más aun, que ellos necesitan, para permanecer encumbrados- aparentan grandiosamente, pelear por la virtud, luchar por el dominio de la virtud” Friedrich Nietzsche. Opus cit..pág.76. Sustitúyase dios, por otros mitos (como el de libertad, orden, justicia, democracia, patria, etc.) y se verá que la crítica de Nietzsche sigue aun, plenamente, vigente.

conducta moral puede, siempre, tanto sobrepasar el nivel ético como descender muy por debajo de él”³⁸

Pero, en realidad, no son sólo, el *eros* y el *zanatos* (la agresividad) los que co-empujan a ello. ¿Por qué? Piense el lector, por ejemplo, en un hipermoral asceta (no me refiero yo, aquí, ahora, a esos que lo son por amor -a dios o al prójimo- sino a los que lo son por egoísmo moral, para ser, así, mejores que los demás): El *eros*, aquí, (dado que el estímulo del acto es superar a los demás, para que otros nos quieran más) incidiría en su impulso virtuoso; pero, también, incidiría, en éste, la agresividad, desde el deseo, consciente o no, de rebajar a sus rivales.

Pero además, a través del cumplimiento moral estricto, se canalizan, también, con frecuencia, altas dosis de agresividad reprimida. En tal sentido, desde el rigor de un profesor que suspende mucho, hasta lo estricto profesional de jueces y fiscales, ejerciendo el *ius puniendi*, y la profesionalidad de los militares, matando, o/y preparándose para matar, todos liberan agresividad acumulada, desde la única válvula de escape que la sociedad les permite: la de su actividad profesional: En unos casos, suspendiendo; en otros, imponiendo y pidiendo penas; y en los otros, agrediendo y matando en campaña; así como con cualquier otra forma “legítima” de agredir al prójimo.

norberto-alvare@mixmail.com

³⁸ Obra citada (**Psicología de las Masas**), pag.18